

¿Qué es el Remanente?

Gary North

Mi boletín informativo relacionado con el tema de la inversión se titula *Remnant Review*. La gente me pregunta de vez en cuando: “¿Qué significa «remanente»? Esta no es una pregunta fácil de contestar en pocas palabras.

Obtuve el nombre del Rev. Edmund Opitz, quien fue miembro del Staff Ejecutivo de la Fundación para la Educación Económica (FEE, por sus siglas en Inglés), localizada en Irvington, a lo largo de la ribera del río Hudson, New York, a unas 25 millas al norte de la ciudad de Nueva York. En su tiempo libre, había reunido un pequeño grupo de ministros que estaban interesados en asistir a reuniones informales dedicadas a la discusión del tema de la relación que existe entre la religión y la sociedad libre. Él le llamó a su organización “El Remanente.”

El Rev. Opitz obtuvo el nombre de un ensayo escrito en el año 1937 por Albert J. Nock. Era un gran admirador de Nock, y había comenzado otra pequeña organización llamada la Sociedad Nockeana.

Fui contratado como miembro del Staff Ejecutivo de la FEE en el otoño de 1971. Allí discutí el concepto original del Remanente con el Rev. Opitz. Yo estaba impresionado por el entendimiento que Nock había tenido. Aunque no era ni Cristiano ni Judío, Nock había comprendido un aspecto descuidado de la labor del profeta en el antiguo Israel: *servir como un faro luminoso para el Remanente invisible.*

Hubo ocasiones en que el profeta iba a los caminos y senderos de la tierra, predicando la ley de Dios y las *sanciones negativas* que inevitablemente vendrían si el pueblo, especialmente sus líderes, seguían ignorando a Dios al ignorar Sus estatutos. Dios le había dicho que ellos no escucharían, pero se le dijo que predicara de todas formas.

Hubo otras ocasiones cuando el profeta se mantenía un poco al margen de todo, esperando que la gente lo buscara. El profeta no siempre andaba “por los caminos.” No siempre estaba involucrado en la confrontación directa con los gobernantes y el pueblo.

Se deben reconocer ambos aspectos del trabajo del profeta: confrontación, lo mismo que cuidar el jardín. Hay ocasiones en que un profeta debe estar “en la arena pública.” Hay otras cuando se queda en las sombras y hace su labor de forma silenciosa. El profeta debe conocer los tiempos y las ocasiones.

En alguna medida toda persona fiel es un profeta. Tiene una visión particular de Dios, el hombre, la ley y el tiempo la cual honra en su vida. Tiene un mensaje para otros. Pero su compromiso con esta visión de la vida no necesita ser pública siempre. Se supone que debe probarse a sí mismo, y a aquellos que se hallan bajo su legítima autoridad, que estos principios no solamente son verdaderos; también funcionan en el mundo real. Él no solamente es un predicador de la palabra; también debe ser un hacedor.

Los logros del justo debiesen ser visibles. “Por sus frutos les conoceréis,” dijo Jesús refiriéndose a todos los hombres. Un árbol bueno dará buenos frutos. Así, a medida que pasa el tiempo, otros comenzarán a hacerle preguntas al profeta con respecto a él mismo. Debe estar listo para darles respuestas basadas en principios.

Los inversionistas viven en un mundo de *envidia política*. Hay gente envidiosa a la que le encanta derribar a la gente exitosa, no para echar mano de su riqueza, sino sólo para asegurarse que nadie tenga nada extra. Así que, decidí muy temprano honrar esta norma: “Mantén tus principios visibles y tu riqueza fuera de la vista.” Le recomendé esta norma a cada uno de los miembros del Remanente. Nuestro buen fruto que otros ven son nuestras obras de caridad y servicio, no nuestra riqueza.

Segunda norma: durante las crisis que Dios enviará – tarde o temprano – a las sociedades moralmente rebeldes, se hace posible el liderazgo por parte del Remanente. El liderazgo justo requiere tres cosas: *principios, capital y valentía*. Así que, prepárese.

Cuando decidí entrar en el negocio de la publicación de boletines relacionados con los negocios en 1974, poco después de un año de haber salido de la FEE, le pedí permiso para usar el nombre al Rev. Opitz. Él estuvo de acuerdo. Mi visión para el boletín era específico: alentar a los lectores a aprender con respecto a la sociedad libre. Con conocimiento y riqueza viene la responsabilidad. *Invito a mis suscriptores a hacerse parte del Remanente*. No todos lo hacen, pero algunos sí. Se están preparando para las crisis en el extremo que se halla lejos de ellas.

En las siguientes páginas he re-impreso el ensayo de Nock y mi propio ensayo sobre Jeremías. Estos ensayos le presentarán el concepto del Remanente.

La Labor de Isaías

Por Albert Jay Nock

Albert Jay Nock (1870 – 1945) fue editor de *The Freeman* (1920 – 1924) y autor de *Jefferson, Nuestro Enemigo el Estado* y muchos otros libros y artículos sobre la filosofía del gobierno y la libertad humana. “La Labor de Isaías” es una extracción del Capítulo 13 de su libro, *La Libertad de Expresión y el Lenguaje Claro*, con derechos de autor del año 1937 por Albert Jay Nock. Este libro, que ahora se encuentra agotado, fue publicado por William Morrow & Company, New York, y este extracto se reimprime aquí con su debido permiso.

Por muchos años este ensayo ha sido distribuido por la Fundación para la Educación Económica, la cual publica la moderna revista titulada *The Freeman*.

* * * * *

Una tarde el otoño pasado estuve sentado por largas horas con un conocido europeo mientras exponía una doctrina político-económica que parecía tan sensata como un cacahuete y en la que no podía encontrar ningún defecto. Al final dijo con gran seriedad: “Tengo una misión a las masas. Siento que estoy llamado a llamar la atención de la gente. Voy a dedicar el resto de mi vida a la propagación de mi doctrina entre toda la población. ¿Qué piensan?”

En cualquier caso esta es una pregunta muy comprometedora, y en esas circunstancias era el doble de comprometedora, porque mi amigo es un hombre muy versado, una de las tres o cuatro mentes de primera clase que Europa produjo en su generación; y naturalmente yo, como uno de los menos educados, me sentía inclinado a considerar su palabra tan liviana con una reverencia que equivalía a asombro...

Le hice referencia a la historia del profeta Isaías... Voy a parafrasear la historia en nuestro lenguaje común puesto que debe ser armada a partir de varias fuentes...

La carrera del profeta comenzó a finales del reinado del Rey Usías, digamos aproximadamente en el año 740 A.C. Este reinado fue particularmente extenso, casi medio siglo, y fue aparentemente próspero. Sin embargo, fue uno de esos reinados prósperos – como el reinado de Marco Aurelio en Roma, o la administración de Eubulus en Atenas, o del Sr. Coolidge en Washington – en el que, al final la prosperidad va disminuyendo gradualmente y las cosas se salen por la borda con un estrépito resonante.

En el año de la muerte de Usías, el Señor comisionó al profeta para que fuera y advirtiera al pueblo sobre la ira que vendría. “Diles lo despreciables que son,” dijo. “Diles lo que anda mal, y el porqué, y qué es lo que va a suceder a menos que tengan un cambio de corazón y se enderecen. No andes con rodeos. Hazles ver de manera concluyente que se dirigen a su última oportunidad. Dales este mensaje de manera clara y fuerte, y sigue haciéndolo una y otra vez. Supongo que quizás deba decirte,” añadió, “que

no servirá de mucho. La clase oficial y sus intelectuales van a encogerse de hombros y te darán la espalda, y las masas ni siquiera escucharán. Todos seguirán en sus propios caminos hasta que provoquen su propia destrucción, y probablemente tengas suerte si sales de allí con vida.”

Isaías había estado muy dispuesto a asumir el trabajo – de hecho, lo había pedido – pero las posibilidades le cambiaron la cara a la situación. Como resultado se produjo una pregunta obvia: ¿Por qué, si todo estaba así como estaba – si el esfuerzo iba a terminar en fracaso desde el principio – había algún sentido en comenzarla?

“Ah,” dijo el Señor, “no estás captando el punto. Hay un Remanente allí del que no sabes nada. Se hallan en la oscuridad, están desorganizados, inarticulados, cada uno arreglándoselas de la mejor manera que puede. Necesitan ser alentados y animados porque cuando todo se haya desmoronado, ellos serán los que regresen y los que edificarán una nueva sociedad; y mientras tanto, tu predicación les tranquilizará y les hará resistir. Tu trabajo es cuidar del Remanente, de modo que comienza ahora y concéntrate en esto...”

¿Qué queremos dar a entender cuando decimos *masas*, y qué queremos decir con *Remanente*? La forma en que la palabra *masas* se usa comúnmente, sugiere una aglomeración de gente pobre y poco privilegiada, gente trabajadora, proletarios. Pero no significa nada de eso; significa simplemente la mayoría. El hombre-masa es uno que no tiene la fuerza de intelecto para captar los principios contenidos en lo que conocemos como la vida humana, ni la fuerza de carácter para adherirse a aquellos principios de manera firme y estricta como leyes de conducta; y debido a que tales personas conforman la gran y abrumadora mayoría de la humanidad, son llamados colectivamente *las masas*. La línea de diferenciación entre las masas y el Remanente se establece invariablemente por la calidad, no por la circunstancia. El Remanente son aquellos quienes, por la fuerza del intelecto son capaces de comprender estos principios, y por la fuerza del carácter son capaces, al menos de manera cuantificable, aferrarse a ellos. Las masas son aquellos que son incapaces de hacer estas cosas.

El cuadro que Isaías presenta de las masas judías no es favorable. En su perspectiva, el hombre-masa – ya sea de la clase alta o baja, rico o pobre, príncipe o indigente – se ve muy mal. Aparece no solamente como alguien con una mentalidad y una voluntad muy débiles, sino que – como consecuencia de esto – también aparece burlesco, arrogante, avaricioso, disoluto, sin principios, carente de escrúpulos...

Tal y como se hallan las cosas, la labor de Isaías más bien parece ser la de un mendigo. En la actualidad, todos los que tienen un mensaje también se ven de la misma forma, como mi venerable amigo europeo, deseoso de llevar el mensaje a las masas. Su primer pensamiento, y también su *último* y *único* pensamiento, es el de la aceptación y la aprobación de la masa. Su gran preocupación es acomodar su doctrina de forma que capture la atención y el interés de las masas...

El principal problema con esto [el enfoque dirigido a la masa] es su reacción a la misma misión. Necesita una sofisticación oportunista de la doctrina de uno, lo que altera profundamente su carácter y la reduce a un mero placebo. Supongamos que eres un predicador, entonces quisieras atraer una congregación tan grande como puedas, lo que significa una apelación a las masas; y esto, a su vez, significa adaptar los términos de su mensaje al orden de intelecto y carácter que muestran las masas. Si eres educador, digamos que eres propietario de un colegio, vas a querer conseguir tantos estudiantes como sea posible, y por consiguiente vas minimizando tus requisitos. Si eres un escritor, tienes como meta conseguir muchos lectores; si eres editor, muchos compradores; si eres un filósofo, muchos discípulos; si eres un reformador, muchos convertidos; si eres un músico, mucha audiencia; y así sucesivamente. Pero, como vemos por todas partes, en la realización de estos variados deseos, el mensaje profético se ve profundamente adulterado por trivialidades, en todos los casos, y cuyo efecto sobre las masas es solamente el de endurecerlos en sus pecados. Mientras tanto, el Remanente, consciente de este producto adulterado y de los deseos que lo provocan, le vuelve la espalda al profeta y no tendrán nada que hacer con él o con su mensaje.

Isaías, por otro lado, no trabajaba bajo tales problemas. Le predicaba a las masas solo en el sentido de que predicaba públicamente. Cualquiera que quisiera podía escuchar; cualquiera que quisiera podía pasar por allí. Él sabía que el Remanente escucharía...

El Remanente quiere únicamente lo mejor que tú tienes, cualquier cosa que eso sea. Dales eso, y están satisfechos; no tienes nada más de qué preocuparte...

Sin embargo, en un sentido, como he dicho, no es una labor gratificante... Un profeta del Remanente no se enorgullecerá de las ganancias financieras de su trabajo, y tampoco es probable que consiga algo de renombre por ello. El caso de Isaías fue una excepción a esta segunda norma, y hay otros – pero no muchos.

Entonces, se podría llegar a pensar que, aunque cuidar del Remanente es sin duda una buena labor, no es una labor especialmente interesante porque, como regla, es un trabajo que paga muy poco. Tengo mis dudas con respecto a esto. Hay otras recompensas que se reciben de una labor además del dinero y la notoriedad, y algunas de ellas parecen ser lo sustancialmente suficientes como para ser atractivas. No obstante, muchos trabajos que no son suficientemente remunerados son profundamente interesantes, como por ejemplo, la labor del estudiante investigador en el campo de las ciencias (al menos eso se dice); y me parece que la labor de cuidar del Remanente, tal y como lo he evaluado por muchos años desde mi silla en la tribuna, es tan interesante como cualquiera que se pueda encontrar en el mundo.

Pienso que lo que principalmente lo convierte en un trabajo interesante es que, en cualquier sociedad dada, el Remanente es generalmente una cantidad desconocida de personas. No sabes, y nunca sabrás, más que dos cosas con respecto a ellos. Puedes estar seguro de ellos – *tremendamente* seguros, como dice nuestra frase – pero nunca serás capaz de hacer un cálculo más o menos respetable de ellos. No sabes, y nunca sabrás, quienes son el Remanente, ni donde están, ni cuántos de ellos hay, ni qué están haciendo

o lo que harán. Sabes dos cosas, y nada más: primero, que existen; segundo, que ellos te encontrarán. Excepto por estas dos certezas, trabajar para el Remanente significa trabajar en una oscuridad impenetrable; y esto, debiera decir, es exactamente la condición planificada de la forma más efectiva para *picar* el interés de cualquier profeta que esté apropiadamente dotado con la imaginación, la perspicacia y la curiosidad intelectual necesaria para llevar a cabo una realización exitosa de su labor.

La fascinación – lo mismo que la desesperación – del historiador, al ver hacia atrás, hacia el Judaísmo del tiempo de Isaías, al ver la Atenas de Platón, o la Roma de los Antoninos, es la esperanza de descubrir y dejar al descubierto el “sustrato de razonamiento correcto y de bien actuar” que sabe que debió haber existido en algún lugar en esas sociedades porque ningún tipo de vida colectiva se puede llevar a cabo sin ellos. Descubre imitaciones tentadoras de ese sustrato aquí y allá en muchos lugares, como en la Antología Griega, en el álbum de recortes de Allus Gellius, en los poemas de Ausonius, y en el tributo breve y enternecedor de *Bene Merenti*, depositado sobre las tumbas romanas de los ocupantes desconocidos. Pero estas pistas son vagas y fragmentarias; no le llevan a ninguna parte en su búsqueda de algún tipo de unidad de medida de este sustrato, sino que meramente testifican de lo que ya sabía anteriormente – que el sustrato existía en alguna parte. Dónde estaba, qué tan importante era, cuál era su poder de auto-afirmación y resistencia – estas cosas no le dicen nada de todo esto.

De manera similar, cuando el historiador de aquí a dos mil años, o a doscientos, investigue el testimonio disponible sobre la calidad de nuestra civilización y trate de obtener algún tipo de evidencia clara y competente con respecto al sustrato de razonamiento correcto y de bien actuar que él sabe que debió haber existido aquí, tendrá un tiempo endemoniado tratando de encontrarlo. Cuando haya reunido todo lo que haya conseguido, e incluso cuando sea un poco indulgente con todo lo engañoso, vago y confuso de motivos que encuentre, tristemente reconocerá que su resultado neto es simplemente *nada*. Aquí estaba un Remanente, construyendo un sustrato igual que los insectos del coral; eso es todo lo que sabe, pero no encontrará nada que le coloque en la pista de *quiénes, dónde y cuántos* eran y como era la labor que hacían.

También, con respecto a todo esto, el profeta del presente sabe con precisión tanto como el historiador acerca del futuro; y eso, repito, es lo que hace que su trabajo me parezca tan profundamente interesante. Uno de los episodios más sugestivos narrados en la Biblia es aquel en que se narra el intento de un profeta – el único intento registrado de ese tipo, creo – de contabilizar al Remanente. Elías había huido de la persecución hacia el desierto, donde el Señor le examinó minuciosamente y le preguntó qué estaba haciendo tan lejos de su labor.

Dijo que estaba huyendo, no porque fuese un cobarde, sino porque todo el Remanente había sido exterminado excepto él. Había escapado por poco y, siendo él ahora todo el Remanente que había, si hubiese sido muerto entonces la Fe Verdadera hubiese sido vencida. El Señor le contestó que no necesitaba preocuparse por eso, pues incluso sin él la Fe Verdadera probablemente se las arreglaría para surgir de alguna manera, si tuviera que hacerlo; “y en cuanto a tus cálculos con respecto al Remanente,” dijo el Señor, “No

me importa decirte que hay siete mil de ellos allá en Israel de quienes parece que no has escuchado nada, pero puedes confiar en Mi palabra de que allí están.”

En aquel tiempo, probablemente la población de Israel podría haber sido de un millón de habitantes más o menos; y un Remanente de siete mil en un millón es un porcentaje tremendamente alentador para cualquier profeta. Con siete mil de los muchachos de su lado no había grandes razones para que Elías se sintiera solo; y por cierto, eso debiera ser algo en lo que debe pensar el moderno profeta del Remanente cuando se sienta un poco triste. Pero el punto principal es que si Elías el Profeta no pudo hacer un cálculo ni aproximado del número del Remanente, tanto que falló por siete mil unidades, cualquier otro que se enfrente con el mismo problema solamente va a perder el tiempo.

La otra certeza que el profeta del Remanente puede tener siempre es que el Remanente lo va a encontrar a él. Puede confiar en eso con absoluta certeza. Ellos le encontrarán sin que él haga nada al respecto; de hecho, si trata de hacer algo al respecto, con toda seguridad que lo único que logrará será desalentarlos. No necesita mandarles ningún anuncio ni recurrir a alguna estrategia publicitaria para llamar su atención. Por ejemplo, si es un predicador o alguien que habla en público, puede ser bastante indiferente al hecho de aparecer en las recepciones, conseguir que su fotografía aparezca impresa en los periódicos, o producir materiales autobiográficos para que sean publicados desde el punto de vista del “interés humano.” Si es escritor, no necesita asistir a las reuniones de té, autografiar libros en una venta al por mayor, o entrar en algún compañerismo engañoso con los críticos y revisores.

Todo esto y mucho más del mismo orden se encuentra en la rutina regular y necesaria establecida para el profeta de las masas. Es, y debe ser, parte de la gran técnica general de llamar la atención del hombre-masa – o como lo dice nuestro vigoroso y excelente publicista, el Sr. H. L. Mencken, la técnica de andar dando saltos de un lado a otro. El profeta del Remanente no está atado a esta técnica. Puede estar seguro que el Remanente se abrirá paso hasta él sin algún tipo de ayuda artificiosa; y no solo eso, sino que si lo encuentran utilizando tales recursos, como ya dije, hay muchas probabilidades de que tengan sospechas y que cambien de rumbo.

Sin embargo, la certeza de que el Remanente le encontrará, deja al profeta en la oscuridad de siempre, tan imposibilitado como siempre en el asunto de hacer algún cálculo de cualquier tipo con respecto al Remanente; pues, como parece ser en el caso de Elías, él sigue siendo ignorante de quiénes son aquellos que le han encontrado, dónde están o cuántos son. Ellos no escriben para decirle nada al respecto, a la manera de aquellos que admiran a las estrellas de cabaret de Hollywood, ni le buscan para establecer un nexo con su persona. No son de ese tipo de personas. Toman su mensaje de la misma manera en que los conductores toman las direcciones que aparecen en las señales a lo largo del camino – es decir, sin reflexionar mucho en la señal en sí, más allá de estar agradecidos y contentos de que estaba allí, pero tomando muy en serio las direcciones.

Esta actitud impersonal del Remanente realza maravillosamente el interés de la labor del profeta imaginativo. De vez en cuando, justo lo suficiente para mantener en buenas

condiciones su curiosidad intelectual, accidentalmente se encontrará con alguna reflexión distintiva sobre su propio mensaje en algún rincón insospechado. Esto le permite ocuparse, en sus ratos libres, con agradables especulaciones acerca del rumbo que su mensaje pudo haber tomado hasta alcanzar aquel rincón en particular, y sobre lo que pasó con él de allí en adelante. Más interesante aún son aquellos casos donde el receptor mismo ya no sabe dónde, cuándo o de quién obtuvo el mensaje – o incluso, como sucede algunas veces, cuando ha olvidado que lo obtuvo en alguna parte e imagina que es una idea que ha brotado de sí mismo.

Tales ejemplos posiblemente no son poco frecuentes, pues, sin suponer que nosotros mismos somos parte del Remanente, sin duda todos podemos recordar habernos encontrado repentinamente a nosotros mismos bajo la influencia de una idea, y probablemente no podamos identificar la fuente de la misma. “Nos llegó desde el exterior,” como decimos; es decir, somos conscientes de ella solamente después que nos ha alcanzado y que se ha desarrollado plenamente en nuestras mentes, dejándonos bastante ignorantes de cómo, cuándo y por cuál medio fue plantada allí para que germinara posteriormente. Parece muy probable que el mensaje del profeta con frecuencia sigue tal rumbo con el Remanente.

Por ejemplo, si eres escritor, predicador o alguien que habla en público, presentas una idea que se aloja en el *pensamiento* de un miembro casual del Remanente y allí se adhiere con fuerza. Por algún tiempo se queda inerte; luego comienza a inquietarse y a enconarse hasta que pronto invade la mente consciente del hombre, y como alguien podría decir, la corrompe. Mientras tanto, casi ha olvidado como es que se encontró con la idea la primera vez, e incluso quizás piensa que él la ha inventado; y en esas circunstancias, lo más interesante de todo es que tú nunca sabrás lo que le hará hacer la presión de aquella idea.

* * * * *

La Labor de Jeremías

Este ensayo fue publicado por primera vez en *The Freeman* (Marzo, 1978).

* * * * *

Tarde o temprano, aquellos que están interesados en la filosofía de la libertad se encuentran con el ensayo de Albert J. Nock, “La Labor de Isaías.” Tomando como ejemplo dos profetas del Antiguo Testamento, Isaías y Elías, Nock señala al menos dos puntos importantes. Primero, hasta que la sociedad parece estarse desintegrando alrededor nuestro, no muchas personas van a escuchar al crítico que viene en nombre de la acción basada en principios. Las masas quieren obtener todos los beneficios de la acción basada en principios, pero también quieren seguir con sus caminos sin principios. Quieren los frutos pero no las raíces de la moralidad. Por lo tanto, se niegan a escuchar a los profetas. Segundo, Nock señaló, el profeta Elías estaba convencido de que era el último de los fieles, o lo que Nock llama el Remanente. Dios le dijo al profeta que no era así; Él había guardado a otros siete mil de la putrefacción de la época.

Elías no tenía ni idea de que hubiesen quedado tantos fieles. No había visto a ninguno de ellos. No había escuchado informes que hablaran de ellos. No obstante, aquí estaba Dios, diciéndole que allí estaban. De modo que, concluye Nock, no es de mucha utilidad andar por allí contando cabezas. Las personas cuyas cabezas están disponibles para ser contadas no son aquellas en las que usted debiera estar interesado. Es irrelevante si la gente escucha o no escucha; lo importante es que el profeta presente el mensaje tal como es, de manera clara y consistente. No debe diluir la verdad con el objeto de apelar a las masas.

El ensayo de Nock ayuda a aquellos de nosotros que estamos acostumbrados a la idea de que debiésemos medir nuestro éxito por el número de personas a las que convencemos. Somos “cazadores de cabezas,” cuando debiésemos ser profetas. Los profetas no estaban llamados a dar el mensaje para ganar muchísimo apoyo por parte del público. Al contrario, habían sido llamados para dar el mensaje por causa de la verdad. Se les había pedido que testificaran a una generación que no iba a responder al mensaje. Por lo tanto, la verdad es su propia justificación. Aquellos que supuestamente escucharían, es decir, el Remanente, recibirían el mensaje, de una manera u otra. Ellos eran las personas que en realidad contaban. Lección: la gente que cuenta no puede ser contada. De cualquier manera, no por parte de los profetas.

El principal problema que tengo con el ensayo de Nock es que pasó por alto a otro profeta muy importante. Ese profeta fue Jeremías. Vivió alrededor de 125 años después de Isaías, y Dios le dio prácticamente el mismo mensaje. Se le dijo que fuera a los líderes más encumbrados de la tierra, al hombre promedio de la calle, y a todos los demás para que proclamara el mensaje. Debía decirles que estaban violando la ley moral básica en todo lo que hacían, y que si no se volvían de sus creencias falsas y prácticas malvadas,

mirarían su sociedad totalmente devastada. En este sentido, la charla de Jeremías no fue fundamentalmente diferente a la de Isaías.

Sin embargo, había algunas diferencias. Jeremías también escribió (o dictó) un libro. No estuvo contento con predicar un mensaje desagradable a un pueblo escéptico y hostil. Quiso registrar los resultados de su indisposición a escuchar. Sus pensamientos están preservados en el libro más triste de la Biblia, el Libro de las Lamentaciones. Aunque sabía por adelantado que las masas rechazarían su mensaje, también sabía que habría un gran sufrimiento en Judá debido a su respuesta dura de cerviz. Además, el Remanente pagaría el mismo sacrificio a corto plazo. Ellos también serían llevados a la cautividad. Ellos también perderían sus posesiones y morirían en tierra extranjera. No serían protegidos del desastre sólo porque eran personas decentes que no estaban inmersas en las prácticas de su época. Escribió estas palabras en respuesta a la venida del juicio predicho: “Ríos de aguas echan mis ojos por el quebrantamiento de la hija de mi pueblo” (Lam. 3:48). Sabía que su castigo era bien merecido, no obstante él también era parte de ellos. La destrucción era tan grande que ni un atisbo de esperanza aparece en todo el libro.

¿Qué debemos concluir? ¿Que todo está perdido, que no hay esperanza? ¿Que nadie escuchará jamás la verdad? ¿Que todas las sociedades tarde o temprano estarán a punto de recibir juicio, y que este colapso no permitirá que ninguno escape? ¿Es inútil, hablando históricamente, servir en el Remanente? ¿Hemos de estar por siempre postrados en tierra, bajo las piedras de molino de la historia?

Un incidente clave en la vida de Jeremías nos da la respuesta. Aparece en el capítulo treinta y dos de Jeremías, un pasaje sumamente descuidado. Los Babilonios (Caldeos) habían sitiado Jerusalén. Había poca duda en la mente de cualquiera de que la ciudad caería en manos de los invasores. Dios le dijo a Jeremías que en medio de esta crisis, su primo vendría a él y le haría una oferta. Le ofrecería a Jeremías el derecho, como pariente, de comprar un campo en particular que se hallaba del lado de la familia del primo. Ciertamente el primo llegó justo con esta oferta. El primo estaba “jugando de vivo.” Estaba vendiendo un campo que estaba a punto de caer en manos del enemigo, y a cambio se le daría plata, una forma de capital altamente líquida, que se podía ocultar y transportar fácilmente – una moneda internacional. Nada malo para él, puesto que todo lo que tendría que entregar sería un trozo de terreno que el enemigo probablemente tomaría de todos modos.

¿Cuáles fueron las instrucciones de Dios a Jeremías? Compra el campo. De modo que Jeremías tomó su plata, llamó testigos, tomó las balanzas (dinero honesto) e hicieron la transacción. Luego Jeremías instruyó a Baruc, un escriba, para que registrara la evidencia. (Puede ser que Jeremías fuese analfabeto, como lo era la mayoría de los hombres de su tiempo.) Jeremías le dijo a Baruc que pusiera las evidencias de la venta en una vasija de barro para que estas fuesen guardadas a largo plazo. “Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Aún se comprarán casas, heredades y viñas en esta tierra” (Jer. 32:15).

Dios explicó sus propósitos al final del capítulo. Sí, la ciudad caería. Sí, el pueblo iría a la cautividad. Sí, sus pecados habían traído estas cosas sobre ellos. Pero este no es el fin de la historia. “He aquí que yo los reuniré de todas las tierras a las cuales los eché con mi furor, y con mi enojo e indignación grande; y los haré volver a este lugar, y los haré habitar seguramente; y me serán por pueblo, y yo seré a ellos por Dios” (Jer. 32:37-38). Y tampoco se detiene aquí: “Porque así ha dicho Jehová: Como traje sobre este pueblo todo este gran mal, así traeré sobre ellos todo el bien que acerca de ellos hablo. Y poseerán heredad en esta tierra de la cual vosotros decís: Está desierta, sin hombres y sin animales, es entregada en manos de los caldeos” (Jer. 32:42-43).

¿Cuál fue el mensaje de Dios a Jeremías? Hay esperanza a largo plazo para aquellos que son fieles a Su mensaje. Al final llegará un día cuando se mostrará la verdad, cuando la ley reinará suprema, cuando los hombres comprarán y venderán, cuando los contratos serán honrados. “Heredades comprarán por dinero, y harán escritura y la sellarán y pondrán testigos, en tierra de Benjamín y en los contornos de Jerusalén, y en las ciudades de Judá; y en las ciudades de las montañas, y en las ciudades de la Sefela, y en las ciudades del Neguev; porque yo haré regresar sus cautivos, dice Jehová” (Jer. 32:44). En otras palabras, los negocios regresarán porque la ley de Dios será entendida y honrada.

Dios les había dicho que estarían en cautividad por setenta años. Sería lo suficientemente extenso como para asegurar que Jeremías no regresaría para reclamar su campo. Sin embargo, había esperanza. El profeta no debe imaginar que todas las cosas buenas deben suceder en su propio tiempo. No debe ser un optimista a corto plazo. No debe llegar a la conclusión de que sus palabras van a cambiarlo todo, convirtiéndole en el héroe del momento. Se le dice que mire a largo plazo, que predique a corto plazo, y que lleve a cabo sus asuntos cotidianos. Planea para el futuro. Compra y vende. Continúa hablando cuando los tiempos sean oportunos. Dile a cualquiera que escuche que el juicio está por llegar, pero también recuérdales que no todo está perdido para siempre solo porque todo parece estar perdido hoy.

La labor del profeta es ser honesto. Debe enfrentar las leyes de la realidad. Si los malos principios conducen a las malas acciones, entonces las malas consecuencias ciertamente aparecerán. Estas leyes de la realidad no pueden ser subestimadas. De hecho, la tarea del profeta es reafirmar su validez por medio de su mensaje. Las cosas no son “malas limpiamente” si se ignora la moralidad o si nos reímos de ella. Las cosas son terribles y la gente debiera entenderlas de este modo.

Aún así, hay esperanza. Los hombres pueden cambiar sus mentes. El profeta sabe que en los “buenos” tiempos, la gente rebelde generalmente no cambia sus mentes. De hecho, aquel profeta de los más renuentes, Jonás, se asustó tanto cuando la ciudad de Nínive se arrepintió que hizo un berrinche porque el juicio prometido nunca llegó, haciéndole aparecer como un idiota – una actitud que Dios reprochó. Pero en los días de Elías, Isaías y Jeremías, los pragmatistas de Israel no estaban para nada cerca de regresar a las leyes morales que les habían provisto su prosperidad. Se necesitarían siete décadas de cautividad para traerlos, o más bien a sus hijos y nietos, de regreso a la verdad.

Invierte a largo plazo, le dijo Dios a Jeremías. Invierte como si no todo estuviese perdido. Invierte como si tu mensaje, al final, fuese a dar fruto. Invierte aún frente a la desesperación, cuando todos corren asustados. Invierte para el beneficio de tus hijos y nietos. Invierte como si no todo dependiera del profeta, pues los profetas, siendo hombres, no son omniscientes u omnipotentes. Invierte como si la ley moral fuese a ser respetada un día. Mantente haciendo esfuerzos claros, aún si tú mismo no llegas a vivir jamás para ver al pueblo recuperar el sentido y regresar a su tierra. No minimices la extensión de la destrucción. No te regocijes por los problemas tan difíciles de tus enemigos. No te desesperes por el hecho de que el Remanente también se ve arrastrado por el remolino de la destrucción. Si tienes que hacerlo, derrama lágrimas, pero lo más importante, lleva registros. Planea para el futuro. Nunca cedas ni una pulgada.

Un profeta no es un eterno optimista. Él enfrenta la realidad. La realidad es su llamado en la vida. Es decirle a la gente que las cosas son terribles cuando piensan que todo está bien, y ofrecer esperanza cuando piensan que todo está perdido.

Su trabajo es decir la verdad, “cualquiera que sea el costo” y no dejar que las consideraciones a corto plazo nublen su visión. El Remanente está allá afuera. El Remanente sobrevivirá. Al final, el Remanente se convertirá en las masas, pues la verdad se manifestará. Pero hasta ese día, por el cual todos los profetas deben regocijarse, a pesar del hecho de que pocos verán su amanecer, el profeta debe hacer su mejor esfuerzo para entender la realidad y presentarla de la manera más efectiva que pueda. Esa es la labor de Jeremías.

Traducción de Donald Herrera Terán, para www.contra-mundum.org